

LA ORACIÓN

9

“Es más lo que confunde que lo que divierte”

No hay tales “oracioncitas”

Todos creen en la oración... todos dudan de la oración... hay quienes ven la oración como si fuera simplemente autosugestión; otros la ven como un poderoso milagro; todavía otros, se encuentran en medio de estos dos extremos. La gente hoy día cree algo acerca de la oración. Desde los que la miran como sensiblero sentimentalismo hasta los que la miran con fría lógica, todos practican algún tipo de oración. Una vez un predicador, se encontraba en el hospital, cumpliendo con su deber —de servirle a los enfermos. Un miembro de la iglesia, a quien le esperaba una seria operación, le susurró: “predicador, diga una oracioncita por mí”. El predicador lo espantó hasta casi sanarlo cuando le dijo: “¡No! ¡No lo haré! ¡No hay tales oracioncitas!”. ¡Amén! Las oraciones superficiales que se ofrecen en las reuniones de la comunidad me molestan, pero pueden causar algún impacto —deben hacerse. La presencia de Dios debe ser permitida y deseada en nuestras vidas. Todos nos llenamos de compasión hacia el hombre que le espera la cirugía crítica, pero él cometió dos errores cruciales: 1) No podía aceptar la gravedad de su enfermedad, y 2) no podía renunciar a sí mismo para ponerse en las manos de Dios en fiel oración. La oración no es un milagro. La oración no es mística. La oración no es un médico brujo, ni es instrumento de chamán. La oración no es superstición primitiva.

La oración clama a Dios... al creador, al salvador, ¡al juez! La oración no debe reducirse a un talismán de buena suerte, a una “pata de conejo” religiosa. Sé lo que los pacientes quieren —sin embargo, me incomoda cuando piden una “oracioncita”. La oración no debe reducirse a un ídolo

verbal. No debemos cometer sacrilegio de la oración con “oraciones al paso” u “oraciones a la carta”. Es demasiado lo que está en juego —en la vida y en la oración. (¡Es con Dios con quien estamos tratando!). Clemente de Alejandría llamaba a la oración: “el estar en compañía con Dios”. No recite “una oracioncita”; en lugar de ello, con un corazón roto, hágale una petición al Dios viviente. Hemos de orar unos por otros (Santiago 5); no obstante, la petición que se nos hace, de decir una “oracioncita”, es muchas veces reservada; sólo para el predicador! Sí, por supuesto, yo oro en los hospitales (incluso cuando los pacientes piden una “oracioncita”). Sí, oro (incluso cuando no lo solicitan). La oración es amor. El hospital no es el lugar para enseñar y regañar. Gracias a Dios que la oración por los enfermos no es exclusivamente hecha por los predicadores. No es hecha por un hombre especial con alguna clave secreta. Todos los hermanos pueden orar por todos los hermanos. Santiago dijo: “Llame a los ancianos”, no dijo “al predicador”. Dios está interesado en los enfermos. No obstante, debemos siempre acordarnos de que la prueba de nuestro cristianismo no se encuentra en las experiencias cumbre o en la instancias en las que la oración funcionó. Dios es el que está en control. Algunas veces oramos y las personas son sanadas; otras veces oramos y las personas mueren. La oración no da ninguna explicación. Hay dos simples reglas a seguir durante la visita a un hospital: 1) Hágase presente, y 2) haga silencio. Usted está allí, y también lo está Dios. ¡Regocíjese!

Dado que Dios está presente, ¡pida, busque, llame! Somos demasiados los que, en el hospital, escuchamos a la medicina. La enfermedad puede ser terminal según ciencia de la medicina, sin embargo ¡puede no serlo así para Dios! Los doctores no son Dios. Los doctores tratan, pero es Dios el que sana. Somos demasiados los que oramos pidiendo que la familia acepte lo peor. Ore pidiendo que los enfermos sean sanados —después ore por

la familia. No le predique a la familia, por más débiles y extraviados que anden. La oración no es un “púlpito encendido”. ¡Órele a Dios por los enfermos! Después, al igual que David, ¡accepte la voluntad de Dios si la muerte sobreviene! ¿Por qué oramos? ¡Porque Dios contesta la oración! La oración no es para los que, en su búsqueda, están a punto de desmayar. La oración proviene de la fe —la fe en Dios.

Donde no hay debilidad, no hay campo para el poder de Dios. Un niño pequeño no puede hacer un mal dibujo. Nos enorgullecemos de ese niño por su esfuerzo. ¡Ningún cristiano fiel, si es reverente, puede ofrecer una mala oración! ¡Ore! Ore para salir de la ignorancia, de la idolatría y del egoísmo. Ore, aun en la peor de las circunstancias. ¿Por qué? ¡Porque no hay tales oracioncitas! Ore de rodillas... igualmente ore de puntillas, ¡esperando la gloria de Dios!

La oración del Padrenuestro

Mateo 6.9–13

El escribir estas lecciones ha sido la experiencia que más humildad ha traído a mi ministerio. La oración es reverencia y sumisión a Dios. ¡Yo puedo hablar con Dios! ¡Puedo escuchar a Dios! ¡Dios está activo diariamente en mi vida! Venimos ahora a “la oración del Padrenuestro”. Me tiembla la pluma —esto es tierra santa. A algunos les apena esa oración —¿Por qué debería ser así? El autor de ella fue Cristo; es a él a quien le pertenece, no a Pedro, ni a Pablo. Un autor no necesita leer un libro que él escribió para hacerlo suyo —él lo escribió. Hay quienes condenan a los que la cantan. Esto provoca problemas más grandes —¿es un error cantar un pasaje de la Escritura?

Los discípulos pidieron: “Enséñanos a orar”. Jesús les enseñó. Les dio una oración. No les dio técnica, ni fórmula, ni liturgia, ni cántico, ni receta —les dio una oración. Esta corta, sencilla, oración contiene, dentro de ella, todos los principios de la oración. En ella Jesús nos dice cómo orar. Esto es lo que Lucas nos revela: “Cuando oréis, decid...”. Es bíblico memorizar esta oración. Es bíblico decir esta oración. Es bíblico enseñar esta oración (Jesús la enseñó). Este modelo contiene todas las oraciones. Es primaria, es general. Es relevante, desde la cuna hasta la tumba. ¿Deberíamos simplemente saltárnosla? ¡Esto sería absurdo!

Un tema infinito (el de la oración) está aquí reducido a unas pocas, sencillas, palabras. Después del Salmo 23, es el texto bíblico más conocido y usado. Su brevedad es asombrosa. Las largas oraciones (no los largos sermones) son condenadas en las Escrituras. Esta fue la observación que un hombre hizo, acerca de un hermano que oraba por mucho tiempo en la iglesia: “No está orando lo suficiente en su casa, en su aposento”. La oración del Padrenuestro se puede decir en menos de un minuto, pero comprende bastante:

1) El primer segmento (el pan nuestro de cada día) se refiere a las necesidades materiales.

2) El segundo (el perdón) tiene que ver con las necesidades que se refieren a las relaciones con otros.

3) El tercero (la tentación) tiene que ver con las necesidades espirituales.

La oración profunda es, sencillamente, nada complicada. Las oraciones de grandes figuras de la Biblia, de hecho, despliegan una sencillez que elimina la necesidad de vocabulario elaborado.

La oración modelo es perfecta —completa en todo aspecto. Aunque sencilla y corta, no se le puede añadir nada. Tiene alabanza, acción de gracias, confianza, petición, perdón y guía. No es liturgia para ser citada, sino, un patrón a seguir. Familiarícese con ella.

“PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS”

¿Habrá algún Dios allá arriba?
¿Tendrá conocimiento? ¿Se interesará?
¿Actuará?
¿Sabrá de mí, se interesará en mí?

Este es el estado constante del hombre. Esta es la razón por la que el hombre anhela la oración. Jesús responde a todas estas preguntas con un rotundo “¡Sí!”. En una oración llena de maestría, nuestra humildad es asegurada, aun cuando nuestro honor es afirmado.

“¡Padre!”. El mundo no había nunca visto a Dios como Padre. Incluso los judíos, sólo veían la condición de Padre de Dios como algo aplicable a la totalidad de la nación judía. La idea de un “Dios-Padre” personal no fue nunca considerada. Jesús reveló a Dios como un Padre (Mateo 7.11–12; Lucas 11.11–13). La única vez que Jesús llamó a Dios, “Dios”, fue en la cruz, cuando Dios hizo pecado a Jesús. Dios es llamado “Padre”, por lo menos 360 veces en el Nuevo Testamento. Dios no es un juez impersonal, sino un Padre amoroso. ¡Oh, qué preciosas las memorias de un buen padre! Martín

Lutero no podía recibir a Dios como un Padre porque tuvo un padre agresivo. La gran bendición es Dios mismo. El querer lo que Dios da sin quererlo a él, es una afrenta a su amistad. El rebelde hijo pródigo quería el dinero de su padre, pero no a su padre. El penitente hijo pródigo sencillamente quería a su padre. ¡El cielo es Dios! ¡Dios es nuestro Padre! Esto es el amor respondiendo al amor. Dios, el objeto de la adoración, se convierte también, en la inspiración de esa adoración. Verlo es amarlo. Amarlo es adorarlo.

“¡Abba!”. Jesús fue aún más allá. Usó la palabra del arameo, “*Abba*” que se usa para Padre. Las primeras palabras que aprendían los niños judíos eran “*Abba*” e “*Imma*” —“*Papito*” y “*Mamita*”. La extrema intimidad que Jesús tenía con Dios ¡es algo que nos asombra! Era tan profunda, y todavía ¡tan personal! El uso de la palabra “*Abba*” no tiene paralelo en ninguna de las oraciones religiosas. Expresa la singular relación de Jesús con Dios, el único Hijo de Dios. Jesús también dejó claro que esta misma dinámica relación, había de ser compartida con nosotros (véase Gálatas 4.6). *¡El más grande regalo de la oración es Dios mismo!*

“*Padre nuestro*”. Jesús le da al mundo un singular punto de vista acerca de Dios —el de un amoroso Padre. Esto asombró no sólo al mundo pagano, sino también, a la nación judía. Los judíos consideraban a Dios “el padre de ellos”, no el “padre nuestro”. En cierta manera, los judíos no crucificaron a Jesús porque alegrara ser el “Hijo de Dios”. Durante el tiempo de Cristo los judíos anhelaban la venida del “Mesías”. Los “falsos Cristos” abundaban en aquellos días. Este “Mesías” habría de ser Dios, habría de provenir de Dios. Literalmente, los judíos crucificaron a Jesús porque él era el “Hijo del Hombre”. Su universalismo destruyó la estrechez mental de ellos. Él vivió y murió por todos —no sólo por ellos. ¡El murió por los gentiles también! Los orgullosos judíos no podían aceptar esta verdad. El tema central, subyacente, de la oración del Padrenuestro es el valor, sin precio, de toda persona, sin embargo los pronombres personales, “yo” y “mi” no son usados en la oración. La expresión “Padre nuestro” establece el tono de la totalidad de la oración. Es crucial entender que lo primero que Jesús enseñó fue la relación que el creyente tiene con el que está siendo adorado. Jesús dijo: “Decid: ‘Padre nuestro’”. La condición de Padre, de Dios, hace necesaria la hermandad entre los hombres. El hermano mayor de Lucas 15 tenía que aprender que él, no podía amar a su Padre, a la vez que odiaba a su hermano. ¡Glorifique a Dios! ¡Glorifique el asombroso nombre

de Dios, la absoluta soberanía del Dios todopoderoso!

“VENGA TU REINO. HÁGASE TU VOLUNTAD”

La oración es tener la compañía de Dios. Es una amistad —no una mera disciplina. Es una relación —no un desempeño. Son varios los errores que se cometen hoy día respecto al reino de Dios: 1) Hay quienes lo han proscrito. No es que simplemente lo ignoran —lo han cerrado. El “reino” es aun una de esas palabras bíblicas que se han enviado al depósito de lo inservible. La psicología está de moda; la teología no lo está. ¿El reino? ¡Olvídelo! 2) Otros lo han institucionalizado. El reino es el gobierno de Dios, es su trono, es su autoridad en nuestras vidas. Se vive siendo parte de la iglesia de Cristo.

Esto es lo que usualmente creemos cuando estamos en oración: “Tengo algo que decirle a Dios”. Sin embargo, esta fue la observación que Jesús hizo: “Dios tiene algo que decirte a ti”. La oración es más que pedirle a Dios que bendiga *nuestra voluntad* —¡es presentarse al deber para hacer *su voluntad*! Debemos aprender a orar: “hágase tu voluntad”, y no: “sea cambiada tu voluntad”. La oración es la intención de agradar a Dios, no el ego. La frase “Hágase tu voluntad”, transfiere el gobierno de la vida propia, del ego a Dios. Esta es la oración de rendición, de negación, de muerte, de renuncia y de consagración. La meta literal de la oración verdadera es decir: “Hágase tu voluntad” —es rogar: “¿Padre, puedo ver la tierra a través de los ojos del cielo?”. La oración es la rendición de uno mismo. La oración es el aliento del discipulado. A menos que nos encontremos con Dios en oración, no lo vamos a encontrar del todo. ¡Yo quiero ser un hijo que agrada a Dios! “Hágase tu voluntad”. ¡Sólo cuando “el reino de Dios viene” es que se puede hacer su voluntad! La oración no es “Hágase mi voluntad con la ayuda de Dios”, sino, “Hágase tu voluntad con mi ayuda”. Estar en el reino es ¡hacer de Dios el rey! La mente de Cristo discurría, literalmente, por un sólo carril —hacer la voluntad de Dios. La religión no es un autobús que uno toma sólo cuando se dirige a donde uno quiere. Esto fue lo que Juan Wesley dijo: “Lo que necesitamos es el deseo de conocer toda la voluntad de Dios, con una fija determinación a hacerla”. Necesitamos orar tal como el poeta lo hizo: “... no dejes nada de mí, en mí mismo”. Son dos los hechos que deben ser recordados: 1) Podemos oír a Dios si escuchamos, y 2) Los cristianos pueden manejar cualquier cosa, si están dentro de

la voluntad de Dios.

“EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, DÁNOSLO HOY”

La religión hace cosas extrañas a algunos. Los que son “super-religiosos” se asombran de hallar necesidades terrenales, mezcladas con cuestiones eternas. Son demasiados los que están “tan celestialmente orientados, que no son buenos para ningún fin terrenal”. No hay nada que nos preocupe, que no preocupe también al Padre. En el mero centro de esta gran oración Jesús pasó repentinamente, de la voluntad de Dios, al pan terrenal. ¡Qué gran salvador! ¡Qué gran oración! Con Dios, nada es común.

El pan que se mencionó es el necesario “para cada día”. Jesús no pidió el pan de mañana. Fue pan lo que pidió no fue pastel, ni especias. El maná sólo se podía recoger un día a la vez. Dios provee para nosotros cada día. Esta es nuestra fe.

Esto es difícil de comprender para nosotros. En los tiempos de Jesús, así como ocurre en muchos lugares del mundo hoy día, cada día era una lucha para sobrevivir. La prosperidad nos engaña. Los que han prosperado tienen abundancia —tal vez demasiada. Son ricos y no tienen necesidad de nada —sin embargo es sólo en Dios que vivimos, y nos movemos, y somos (Hechos 17.28). El hombre necesita su pan de cada día, y el hombre necesita a Dios.

“Y PERDÓNANOS NUESTROS PECADOS”

¡Cuán sabio fue Jesús! ¡Cuán práctico! “Perdonar, o no perdonar, esa es la pregunta”. Todo el

que necesita el pan de cada día, también necesita el perdón de cada día. Somos alimentados un día a la vez. Somos salvados un día a la vez. Necesitamos ser perdonados para perdonar. Necesitamos perdonar para ser perdonados. Debemos practicar aquello por lo cual oramos. ¿Cuál es el secreto del perdón? ¡Debemos asegurarnos de que Dios nos ha perdonado! No debemos destruir el puente sobre el cual todos han de pasar. Jesús hizo énfasis en el perdón en esta oración. ¡Necesito el perdón de Dios! ¡Debo perdonarlo a usted!. Este es el enigma de la vida. Es difícil arrepentirse, confesar, ser un desvalido. Tal vez hasta el momento, la frase más difícil de pronunciar sea: “porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben”.

¿Podemos aceptar el perdón de Dios? ¿Podemos perdonar a otros? ¡*Las tentaciones abundan!* La vida es peligrosa. ¡Satanás vive y le va bien sobre la tierra! Todas las peticiones que Jesús incluyó son admisiones de necesidad. Estamos desvalidos, estamos perdidos. Necesitamos a Dios. Necesitamos ayuda. La guía de Dios es nuestra seguridad. Él, no solamente, nos guardará de que seamos tentados en demasía, sino que también, proveerá una vía de escape (1 Corintios 10.12–13). Nosotros oramos largamente y en voz alta. ¡Jesús enseñó acerca de la oración en sólo seis frases! El pronunciar esta oración puede obrar en nosotros una humildad y una dependencia que las largas oraciones no pueden obrar.

Jesús dio comienzo a esta oración con Dios; la terminó con Dios: “Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos...” (Mateo 6.13). ¡*Amén y amén!* ■